

NORTERROR

DEVUELVE MIS DEDOS

Gonzalo sabía, desde antes de viajar, que yo sufría de presión baja y enfriamientos. Si descendía la temperatura se me entumecían manos y pies. Además, sabía de mis aprensiones a los viajes por las montañas, alturas y nieves eternas. Pero insistió e insistió en que, el traslado en avión sería muy largo y engorroso (muchas escalas y transbordos) hasta llegar a destino, La Paz Bolivia, lugar donde debíamos ir a cumplir contrato de actuación.

Que por tierra y en su tremenda camioneta de última generación, sería cómodo. “Como un paseo” fundamentó -agregando- algo así como turismo aventura. Teníamos que ir, no había forma de incumplir el contrato: debía yo ejecutar un concierto de piano en el vecino país, donde también acudirían músicos de otros países.

Y ahí quedamos, atascados en plena cordillera a once horas de partir, con la camioneta que no andaba más, se había congelado en plena cordillera cuando se entró el sol y la temperatura cayó rápidamente a menos veinte grados. Lo peor fue que, no habíamos previsto esta calamidad y comenzamos a improvisar cómo pasar la noche. Cuando el sol salga todo se arreglará, decía mi esposo mientras yo frotaba mis manos una contra otra. El dolor comenzaba a amoratar mis dedos.

La camioneta parecía un congelador, nada funcionaba. Mientras mi angustia crecía, me temblaba el cuerpo, me costaba sacar la voz...ya casi no podía hablar. Al poco rato, con mucho esfuerzo expliqué que no sentía los dedos, Gonzalo trató de calentar mis manos en las suyas, trató de abrigarme con mantas y con su abrazo, pero todo esfuerzo parecía imposible. Para colmo habíamos consumido todo el café que traíamos en un termo.

A ratos sobrecogidos mirábamos la inmensidad del cielo, que parecía un abismo de estrellas a punto de tragarnos y esto nos hacía sentirnos más pequeños, más insignificantes y desprotegidos. Luchaba por no perder la calma, pero era imposible

toda la noche fría y tenebrosa parecía invadir el espíritu y congelar la valentía. Entonces, cuando el miedo se apoderó de mí, rompí a llorar sin poder contenerme. Gonzalo dijo que no podíamos seguir ahí que debíamos buscar un lugar para cobijarnos, quizá una cueva o un socavón, decidimos descender, hacer fuego. Al poco andar encontramos una gruta de unos tres metros de profundidad, hicimos una fogata con algunas ramas que con esfuerzo encontramos y libros que llevábamos, pero duraron poco, luego nos arrinconados y nos tiramos en el suelo abrazados tratando de dormir un poco ¡Era imposible, mi cuerpo no resistía! y el dolor a mis dedos se tornaba insoportable, estaban tumefactos, inflamados y amoratados. Recordé a esas personas que piden la muerte a gritos, entonces grité ¡Déjame morir! Gonzalo asustado se desesperó. Le vi una cara extraña, hizo gestos como si pensara hacer algo increíble, como si una gran idea lo asaltara de repente. Entonces con movimientos decididos como quien sigue un mandato imperante, sacó una navaja y comenzó a cortar mis dedos, uno por uno, mientras yo sentía un extraño alivio al dolor; alivio que crecía paralelo a la pena de recordar el piano y los clásicos más hermosos de Chopin, que ya no podría interpretar.

Nunca entendí bien si me mató el corte de los dedos o la pena de saber que no tocaría más el piano. Pero en esa cueva ubicada a 4.000 metros de altura, hoy vivo para siempre como un espectro. Y a cada turista, que perdido y congelado llega a cobijarse al mismo lugar, le reclamo y me apodero de sus dedos, luego ante sus caras de terror y dolor, les interpreto una hermosa melodía. Algunos, salen corriendo con sus manos ensangrentadas y mueren en la intemperie. Otros, mudos de espanto escuchan hasta dormirse para siempre en esta gruta que, con los años, se ha ido llenando de huesos.

ARCANO DE LUNA Y LAGUNA

Nadie quedaba impávido después de visitarla. Su nombre “Ojo Misterioso” le hacía gran juicio. Era una laguna en pleno desierto que la naturaleza había modelado muy bien. Una cuenca perfectamente redonda de agua oscura y profunda donde suaves ondulaciones concéntricas hacían, a la circunferencia, estar siempre en leve parpadeo, lo que producía un efecto de sombras en las aguas. Un ojo en continuo mirar, a decir de algunos. Pero, de un mirar tremendamente siniestro.

El visitante, con solo observar el lugar, sentía que estaba frente a un panorama sobrenatural. Por varios días quedaba con la imagen grabada y una profunda sensación de haber vivido una experiencia asombrosa y lúgubre. Algo difícil de explicar y de olvidar. Y ni hablar de bañarse o de entrar en esas aguas que parecían tener vida propia. Como si un letrero dijese, con su solo aspecto: “Alto: Peligro y terror”.

Olga llegó hasta ahí, como muchos, con un guía de turismo aventura después de recorrer en camioneta varios kilómetros por el altiplano y luego de seguir otros tantos a pie y por senderos difíciles. Ella impactada pensó, preguntándose, si el infierno no estaría aquí en el desierto chileno, en el gran Atacama, al fondo de esa visión escalofriante de extraño vacío.

Lo cierto es que, haber estado frente a esa porción de agua con aspecto de ojo maligno, la dejó muy perturbada. Tan perturbada como saber que las constelaciones fundadas, por los antiguos habitantes del desierto, no eran formadas por estrellas, sino por los trazos oscuros –vacíos de astros- en el cielo y emulan la fauna andina, como la llama, la perdiz, el zorro y la serpiente. Quedó con un hondo sentimiento de haber presenciado un misterio insondable. Embriagada también por haber visto, sin instrumento alguno, la vía láctea en el cielo altiplánico. Y fueron sus irreprimibles ganas de saber más, que la llevaron a investigar hasta convertir el tema en una obsesión. Y entre la gran cantidad de búsqueda, encontró y supo que: si se visitaba el lugar de noche, vería brotar de sus aguas grandes cantidades de vapor, algo como bruma cerrada por contraste, (frío extremo de la noche desértica y el extremo calor del día), pero lo raro -decía el artículo- es que “la bruma tiene poca explicación

científica...” ya que son tinieblas muy oscuras y densas, casi una masa negra y ¡tenebrosa!

Y lo hizo, Olga siguió su instinto porfiado. Una noche de luna llena, cuando las ganas de ir al lugar se volvían insoportables, Olga que, se había quedado en el pueblo al contrario de los otros turistas que volvieron a sus ciudades; tomó prestado un vehículo y se internó en el desierto. Luego caminó en medio de la noche, casi sin miedo ya que éste, era opacado por la obsesión de saber y ver más. Pero grande fue su terror cuando observó que la laguna movía sus aguas en forma circular y el viento a su vez movía la sombría bruma formando una especie de remolino del que salía un eco, o ruido, o más bien eran voces extrañas que taladraban gravemente los sentidos. Pensó en los mentados “agujeros negros” que tanto estudian los astrónomos y físicos. Sintió estremecimiento y pánico madurando en devolverse, pero algo más poderoso como una fuerza imantada e inexplicable, no la dejaba moverse y la mantenía sobre esa loma elevada y cercana donde se había instalado para mirar. Se percató de que, la luna alzada y platinada al máximo, parecía un disco de neón que se movía hasta quedar instalada justo encima de la laguna para enviar, verticalmente, por sobre toda la oscuridad, un brillo sorprendente que formaba casi un tubo brillante y parecido a un túnel luminoso que confería más ficción a la escena. Y fue, en ese momento, cuando Olga quedó muda y entendió que ya nada sería igual para ella. Entendió eso de: “nadie vive para contarlo”. El terror se apoderó de todo su ser y cuando comenzaba a sollozar con todo su padecimiento, una fuerza invisible la sustrajo y la instaló en medio de la luz/tubo por donde fue conducida al fondo del ojo/agujero/laguna.

Aterrada, Olga sentía que viajaba por la luz en forma muy rápida, lo que no le daba tiempo a pensar, solo atinaba a mirar más y más luminosidad viajando entre paredes de musgo negro que parecían latir. Fue un viaje largo, cientos de kilómetros quizá. Hasta que se detuvo, su ser paró y quedó sobre un plano, en medio de muchos otros seres de los que percibía tan solo siluetas borrosas y oscuras, que lograban apenas distinguirse en medio de la gran penumbra reinante. Estos lloraban y alargaban los brazos hacia la luminosidad del tubo que se fue apagando lentamente

para dar paso a una oscuridad absoluta, por donde Olga comenzó a caminar perdida y aterrada. No sentía calor, ni frío, ni sueño, ni hambre. Tampoco le dolía nada, solo sentía terror y arrepentimiento, cada vez más terror y más pena. Un solo pensamiento ocupaba su mente ¿cómo revertir el último tiempo de su vida; cómo salir?

Cuando había pasado, según cálculos que hizo Olga, un mes. Tiempo en que sólo sentía la necesidad de caminar, avanzar en la nada cargando una pena tan grande que le taladraba el pecho, en ese vacío y oscuro mundo donde lo único que hacía era deambular por la eterna negrura sintiendo la más dolorosa y aterradora soledad. La terrible y punzante percepción de que, ese, podría ser un calvario eterno. Fue entonces que vio que el túnel luminoso se formaba, nuevamente, al centro de la oscuridad y con gran asombro, vio que llegaban otros seres, otras almas que pronto se volvían siluetas oscuras como ella, como todos. Muchos estiraban sus brazos como pidiendo, ella también suplicó clemencia, solicitando volver al exterior, a la libertad, pero el tubo luminoso volvía a apagarse y a desaparecer.

Olga entendió que la palabra “eternidad” era la clave. Cada cierto tiempo, un mes quizá, comprobó el engranaje de luz/luna/laguna. Cada cierto ciclo, era y sería lo mismo, la luz traía, pero nadie regresaba a lo que llamamos vida.

Pasó mucho tiempo, quizá meses o años, difícil de precisar. Ocurrió que, sorpresivamente, en medio de la oscuridad, saltaron chispas que luego se fueron agrandando como luces que dejaban ver las orillas de un sendero y al avanzar por este camino, se llegaba a un abismo de proporciones abrumadoras. Olga, junto a otros muchos seres, se acercó hasta quedar ubicada al borde de ese inmenso barranco, en el cual podía apreciar, en todo su esplendor, tan sólo con sus sentidos (sin necesidad de telescopios ni instrumentos astrológicos).

Dentro de esa inmensidad insondable circulaban cuerpos similares a astros, algunos más brillantes y más grandes que otros ¡Un espectáculo asombroso! como observar el universo en movimiento y en toda su magnitud. Olga sintió un regocijo profundo que le encendió el corazón aletargado por mucho tiempo, llenándola de algo parecido a la esperanza y movida por una energía superior, le vinieron ganas

irresistibles de saltar. Saltar al abismo, a ese mundo que parecía brindarse frente a su ser. Maduró la idea, sintió que ese nuevo universo en movimiento la llamaba. Un deseo cruzó su alma, algo parecido a: “debo hacerlo...no tengo nada que perder”. Entonces, cuando observó que uno de los planetas tenía similitud a lo que recordaba de la Tierra, planeta azulado con tintes gaseosos. ¡Saltó con toda la fuerza! —o eso le pareció- En principio sintió un bienestar mezclado con levedad, una sensación de seguridad parecida a flotar en un ambiente limpio, tibio y cariñoso ¡Magnifico! Y por un tiempo que no supo precisar, todo fue paz y bienestar. No tenía un conocimiento claro de la existencia, pero percibía en forma inconsciente, una vida placentera. Sentía una especie de evolución en su ser. Hasta que un día sintió que salía de ese medio amable, que una fuerza la empujaba y por unos minutos, todo se apagó para ella, para luego ver y sentir una luz que le pareció maravillosa, al tiempo que mucho amor rodeaba su ser.

En la misma patria, en la misma ciudad y en la misma familia que fue de Olga, ese día, nació una niña. Hermosa y sana criatura sin saber nada de esta vida. Pero, que con los años fue aprendiendo y cultivando los apegos. También al pasar de los años, cuando la luna llena atraiga su mirada y la haga pensar e interesarse en los misterios del universo, tendrá un sueño y un recuerdo recurrente, donde verá en el desierto del norte chileno, una extraña laguna bajo la luna.

ESPORAS DE OTROS MUNDOS

Los pueblos altiplánicos aparecen, de repente, como oasis en el gran desierto de Atacama, a saber el más seco del mundo. De repente digo ya que, son kilómetros y kilómetros de despoblado. Cuando se viaja hay que tener mucha paciencia para transitar por estos parajes planos y desolados. Hay una planicie incluso que se llama “Llano de la paciencia” y se extiende entre las cordilleras de la Sal y Domeyko. Ya cuando la vista se ha acostumbrado a esa soledad yerma, aparece una que otra casa de adobe, lejana una de otra, con unos pocos árboles típicos de la zona, como chañares, Algarrobos, tamarugos y pimientos que siempre están, como esos oasis que ponen el toque justo en el rostro desértico, dando belleza a la región. El lugar de los hechos era precisamente así. Una casa alejada del centro del pueblo que forma parte de un Ayllus (comunidad indígena) que por lo general es un grupo de casas formando unas cuantas calles que rodean una plaza pequeña y una iglesia construida con materiales de la zona, que siempre son piedras extraídas de canteras cercanas, adobes y/o madera de cactus.

Fue una noche de tormenta inusual en nuestro pueblo altiplánico, de este norte chileno, donde la mayoría de las casas tienen ventanas y puertas chicas como para resguardar los cambios climáticos, también buenos techos de brea y barro compacto para soportar las grandes lluvias que caen a lo lejos, pero con mucha fuerza. Todas las calles, además y generalmente, están dispuestas en corridas frente a cerros altos, cordilleranos, donde se distinguen altivos los volcanes con sus nieves eternas.

El viento comenzó al atardecer como todos los días, pero ciertas señales dejaban presentir que, lo que venía, no sería una noche usual. Remolinos fuertes dejaban ver movimientos inusuales.

Con mi hermano, acostumbrados a cielos límpidos y poseedores de una cosmovisión heredada de nuestros ancestros, acumulamos conocimientos

vernáculos que nos hacían amar nuestro paisaje y tener una propia interpretación de nuestro pueblo, nuestro mundo. Nos asomábamos a la ventana porque la tormenta estaba más enérgica que de costumbre, producía ruidos y sacudidas que jamás habíamos escuchado. Una especie de canto eólico grave colmaba el aire y entraba a la casa dando un toque de ficción. Entonces vimos como la lluvia caía iluminada, mientras la copa de los árboles se movían como si una fuerza brutal las agitara y resplandeciera, los árboles se estiraban y contorneaban ¡parecían tener vida propia!. Estábamos sorprendidos y asustados, lo que estaba pasando era nuevo y nos dejaba mudos. Todo se volvió especial y terrorífico, la gran lluvia dio paso a una bruma espesa y plomiza. Tinieblas impenetrables desde donde centelleaban luces ilusorias, incomprensibles, semejantes a pequeños rayos o destellos que brotaban de algo mayor. El anochecer comenzaba a sobrepasar la barrera de lo conocido.

De pronto se sintió un ruido extraño que no era música ni golpes, algo como un instrumento que retumbaba en tonos graves, mientras más incertidumbres poblaban el terreno. Con nuestros cuerpos contritos y el corazón latiendo en nuestros pechos inundados de miedo, nuestros ojos se abrían espantados al máximo, sin dejar de mirar porque no queríamos perdernos nada, además que nos sentíamos como embelesados con ese espectáculo que era tenebroso y nuevo a la vez. De pronto vimos caer algo como pelotas prendidas sobre nuestro inmenso patio. Las llamitas, los corderitos, las gallinas, gatos y perros; todos los animales que a esa hora dormían en sus corralones, despertaron y comenzaron a reclamar cada uno en su forma de ladrar, mugir, balar, piar, relinchar. Era la primera vez que estábamos solos, nuestros padres andaban de viaje a un pueblo cercano, fueron a apoyar a unos tíos que serían padres por vez primera. Ya son adolescentes y pueden cuidarse solos- dijeron agregando: se quedarán cuidando la casa y los animales, al tiempo que nos dejaban una lista de tareas y recomendaciones ¡Y justo tenía que ser esa noche! La noche del miedo.

Cuando la tormenta se calmó, los ruidos bajaron y la luminosidad extraña pareció volver al cielo, se asomó nuevamente la luna alzada, también rara, como un ojo

siniestro rojizo y lacrimoso. Atentos esperamos hasta que nos pasara un poco el susto y rendidos nos fuimos a acostar. Tuvimos que dormir juntos con mi hermano para sobrellevar en algo la terrible experiencia.

Fue a la mañana siguiente cuando encontramos el patio lleno de hojas chamuscadas y a sobre estas unos objetos semi quemados, no supimos como nombrarlos, pues parecían grandes pelotas de un material parecido a la madera y también a piedras, de unos veinte centímetros de diámetro, más bien alargados. La cosa es que, estaban cubierto de cenizas y recordaban las piedras volcánicas, pero semejaban también una semi esfera de material duro, muy duro.

Llevamos uno a la cocina, pensando en qué haríamos con él. Iré al pueblo al cibercafé y buscaré en internet, dijo mi hermano mientras yo me puse a rasparle la ceniza que lo cubría y limpiarlo con un paño húmedo, fue entonces que reparé en que tenía un orificio redondo, como esos de los cocos por donde se bebe el jugo. Por dentro se percibía hueco por tanto le metí una rama dura para saber que contenía. Sorprendida vi que salían semillas parecidas a almendras, no eran muy duras y desprendían un aroma fuerte e inigualable, como a papaya mezclada con chocolate y vainilla...algo así, mis sentidos se alteraron, era ¡Muy tentador! Entonces, casi sin pensarlo, me llevé una de esas, digamos semillas a la boca y me la comí. Fue maravilloso, exquisito y único, pensé en que era lo más rico que había probado hasta ese día. Un sabor que alegró mi ser y me llevó compulsivamente a comer dos semillas más. Cuando volvió mi hermano se molestó mucho, me retó, que cómo podía ser tan irresponsable, que era un fruto de la tormenta ¡Algo tan raro y desconocido! qué ¡quizá que veneno podía ser! y yo la muy tonta las tenía dentro de mi ser. Ahí me vino la preocupación y el arrepentimiento . Además dijo que no había encontrado información ni en internet y que muchas personas del pueblo habían percibido el fenómeno de la noche y andaban asustados buscando ayuda, pero que las autoridades decían que ya había pasado, pero que era mejor mantenerse resguardados y no salir de las casas.

No sé si me sugestioné demasiado, pero todo el día lo pasé cansada e intranquila, con una extraña sensación de pesadez en el estómago, como cuando se come

demasiado, también sentía la imperiosa necesidad de dormir, entonces como pude, hice las tareas de la casa, le puse el agua a los animales para poder y a echarme en la cama luego. Mi hermano quería que comiésemos algo, pero yo solo quería dormir y lo dejé sólo preparando un guiso. Al rato caí en un sueño profundo y comencé a tener una angustiante pesadilla. Veía que sola, con escalofríos y con miedo, deambulaba perdida por un bosque tenebroso donde toda la vegetación era oscura y con formas aterradoras. Muda avanzaba y contemplaba la poca luz que provenía de un sol muy raro, deslucido en tonos morados mientras las nubes que flotaban en el cielo opaco, eran plomizas. También se sentía el graznar de pájaros muy grandes y negros que sobrevolaban las copas de esos horripilantes árboles. Pero el mayor pánico me invadió cuando reparé en el suelo de ese extraño bosque por donde yo caminaba descalza, aprecié que ¡No era tierra sino músculo! Una especie de carne, materia orgánica, con orificios granulados y purulentos como erupción, además con vellosidades enormes y semejantes a matas de cañas. Los árboles eran oscuros de formas anómalas y feas de los que brotaba una secreción oscura y mal oliente, una resina malsana. Y con gran terror pude apreciar que, de estos horribles árboles, pendían frutos ¡Y eran justo como el que cayó en nuestro jardín!

Así, en medio de una angustia punzante y profunda que me erizaba la piel y me cortaba la respiración, hice grandes esfuerzos por correr, salir de alguna forma de ese bosque tenebroso, hasta que pude despertar. Jadeante y aterrada me levanté de un salto, pero no me atreví a contarle a mi hermano, sabía que me volvería a retar y tenía razón, cómo pude...sentí que todo lo que me estaba pasando era mi culpa. Por la noche de nuevo comenzó la tormenta, pero esta vez veíamos a lo lejos la luminosidad y la bruma que el día antes se posó en nuestro patio, el espectáculo dantesco y aterrador se había trasladado kilómetros más allá. Mi hermano me dijo que no siguiéramos mirando, estábamos aterrorizados pero un poco menos que la noche anterior. Sólo queríamos que pasaran luego los días y volviesen nuestros padres. Entonces pusimos todos los cerrojos y nos fuimos a acostar, los dos en la misma pieza nuevamente para darnos ánimo.

Hablamos muy poco, simulando valentía, pero la voz nos salía tiritona y aunque tratábamos de cambiar de tema volvíamos a lo mismo, a los extraños hechos de la noche anterior, a la espectacular luminosidad, a los ruidos, a la reacción de espanto de los animales...a todo. No le quise contar mi pesadilla, pero no dejaba de pensar en ella y en ese bosque de carne viva e infecta. Así inseguros y aterrados nos venció el cansancio y nos dormimos. De madrugada me despertó un dolor fuerte en mi estómago, entonces me palpé el vientre con las manos y noté algo duro, algo muy raro, me aterroricé y comencé a temblar con sacudidas, calofríos y sollozos, como pude me incorporé y logré prender la luz. Mi hermano despertó muy asustado y preguntaba qué pasa, mientras se acercaba. Los gritos salieron de mi boca con toda la expresión de terror que inundaba mi mente. Comprendía que las tres ramas feas y oscuras que brotaban desde mi abdomen, eran las semillas que consumí. Esas que llegaron quién sabe de qué parte del espacio y dimensión tétrica y desconocida del universo, donde la corteza del terreno no es tierra, ni arena, ni piedra, sino un raro músculo-órgano viviente- de donde se propaga una tóxica y virulenta forma de vida, la misma que estaba hiriendo e invadiendo nuestro mundo.

CAMINO SUAVE

Una suave llovizna de verano y una nubosidad que oscurecía el atardecer, imponían más angustia al largo viaje, que realizaba la joven pareja, para cruzar la cordillera de los Andes.

Muchas cuestas y están muy cerradas las curvas, decía con voz nerviosa la mujer, pero el hombre insistía en que el vehículo era poderoso y moderno, que se trataba de un viaje simple y sin riesgos, que él tenía experiencia por caminos peores. Qué ella era melindrosa y por todo hacía un drama.

Escuchaban la música de Pat Metheny y a ratos, Juan miraba de soslayo a Nora que trataba de disimular con comentarios y risas su creciente nerviosismo y apaciguar su sangre cada vez más alterada. Sufría de acrofobia.

- No te pongas nerviosa Norita, ya verás que después de las cuestas todo es puro verde y relax. -expresaba en tono tranquilizador el hombre, mientras le tomaba una mano. Él sabía que tratarla con el diminutivo de su nombre la tranquilizaba o al menos eso parecía.

- ¡Ay... no me toques! Me pones más nerviosa, tampoco digas nada. Ambos sabemos que son más de seis cuestas y recién hemos pasado tres. Sabes que yo había jurado no subir más a estas alturas, pero no crees en mi enfermedad, siempre te impones ...me intimidas.

Y así era. Nora, por no pelear, por conservar la calma familiar y la armonía en la convivencia, muchas veces y después de que su esposo le insistía y le daba una y mil fundamentaciones que parecían lógicas cuadradas, ella, temiendo que él se taimara como hacía muchas veces, aceptaba o terminaba por darle la razón. Cuantas veces quiso ella imponer su voluntad o que se hiciera como ella decía y él terminaba por decir "no, entonces no vamos".

- Pero no mires para abajo olvídate del camino, concéntrate en mirar para el lado del cerro. Parece que te gusta agrandar tu miedo...

- Para ti es fácil, no sufres de vértigo como yo...Acrofobia dijo el médico que se llamaba mi enfermedad. Por eso no quería venir. Tú crees que no pongo de mi parte...esto me supera, siento que me ahogo, que se me enfría la sangre y se me altera el corazón.

- Por lo mismo ya no pienses en eso, concéntrate en otra cosa, piensa en lo bien que lo pasaremos, planifica lo que haremos en Salta, la linda como la llaman. Yo me veo recorriendo sus campos, comiendo esas costaletas asadas y el matambre que son un manjar.

- ¡No entiendes! trato pero no puedo pensar en nada y menos en comida, el pánico es superior a mí ¡Ya no aguanto! No aguanto. No sé cómo me dejé convencer por ti, ya casi no puedo respirar y me está doliendo la cabeza ¡Sabía que no podría!
-A estas palabras siguió un llanto suave de mujer que no quiere llorar, pero que no puede frenar las lágrimas.

- No amor, no llores. Por favor sé valiente. Verás cómo todo esto queda en el olvido cuando estemos allá pasándola divino.

- Es que no entiendes...es algo superior a mí. Perdóname, yo no quiero estar así, pero estoy sudando. Siento que me ahogo y la piel se me enfría. -y siguió llorando bajito y limpiándose con una almohadita que llevaba para descansar la cabeza.

Juan se sintió preocupado, pudo sentir parte de la angustia de su mujer, comenzó a pensar en cómo podía salir de ese camino, de esas cuevas espinosas, pero no había forma ¡tenía que seguir! Era como los rieles para los trenes, un destino que se aborda sin vuelta atrás. Comenzó a arrepentirse de haber insistido tanto en ese viaje, en no haber tomado en serio la enfermedad de su mujer y que hasta hace poco tildaba de maña. Estiró el brazo derecho, le tocó la cabeza y le acarició el pelo, mientras maniobraba el volante con una sola mano, la izquierda. Justo cuando más necesitaba de toda su concentración, la llovizna se hizo más espesa y justo, venía una curva muy cerrada y en subida. Fue ahí, ahí cuando sintió que el auto seguía por una suave carretera de nubes como si no existieran los cambios ni el freno ni

nada mecánico, todo era suavidad. A su mente acudieron pensamientos en cámara rápida tratando de entender lo desconocido, mientras un eco entraba a sus sentidos, era el grito de su mujer junto a la música de “Ultimo tren a casa”, a la vez que un pensamiento dedicado a su Dios brotaba en forma leve desde su corazón a su mente, casi una percepción de final y entrega.

La habitación de hospital limpia y ordenada tiene una ventana por donde se trasluce la vida ajena que a Juan ya no le importa en lo más mínimo. Las flores y regalos que ha traído la familia y los numerosos amigos tampoco significan nada para él. Su dolor es tan profundo que no da tregua física ni psicológica, siente que no lo soporta que va a estallar de angustia. El accidente lo dejó viudo y parapléjico. Desea no haber abierto nunca los ojos, no haber escuchado a enfermeras y médicos explicando su “actual situación”. Ni a los que pronunciaron esas frases construidas de: “es otra oportunidad” o “no era tu hora” “ella te espera...en la eterna luz”.

Para Juan esto es una burla del destino ¡Es sumar más días al desastre! Piensa que tendría que haber terminado en las montañas, en ese viaje por el paso de Jama que cruza la frontera norte de nuestro país para llegar hasta Argentina.

Es la vida, el destino, es “otra oportunidad” le dicen algunos. Pero él siente que no, que es un reproche a su error, un castigo. Ahora ya lo sabe, sabe que estaba equivocado, que le bajó el perfil a la fobia de su mujer y la llevó por un camino en suma riesgoso, que la sometió a una extrema agonía, que la llevó a la muerte.

Es una noche más de hospital. Una noche más de maldecir la vida. Reina la soledad y la penumbra junto a los aromas de fármacos y antisépticos cuando ya se han ido las visitas y las enfermeras. Juan ha juntado fuerzas, con la ayuda de los brazos se sienta en la cama, baja las piernas, se acomoda en la silla de ruedas, se acerca y abre esa ventana de séptimo piso de hospital, acerca la silla y sumando el valor y las fuerzas que le quedan, se encarama sacando medio cuerpo al vacío hasta que logra oscilar el tronco. Un poco más se dice, un poco más afuera y más. Y cae.

Nuevamente el camino es suave como una carretera de nubes y la mente en cámara rápida, en fracción de segundos, le trae la música de aquel día y los gritos de su mujer. Ahora Juan conoce ese camino suave, pero esta vez, cree que no despertará en ninguna parte. Sin embargo Juan se equivoca, al parecer cayó sobre una pérgola y no murió, o sí y así, el hecho es que, otra vez, despierta en un hospital.

Ahora lo tienen en una pieza con protecciones de fierro en las ventanas y hay un guardia en la puerta, Juan no puede volver a atentar contra su propia vida, pero lo hace. Urde un plan, cada vez que le dan fármacos disimula tragarlos, pero no. Guarda las grageas para tomarlas, en algún momento, todas juntan y así morir por intoxicación. Y lo logra, casi muere, una y otra vez “casi” muere, para volver a despertar en un hospital ¡Volver a sentir el peor cuchillo en su pecho! en su sangre, en todo su ser. Ese dolor agudo, recóndito y punzante en lo más profundo del pecho, del corazón...delo alma. El del arrepentimiento más grande y torturador, pidiendo, solicitando algo imposible: volver atrás, volver y no hacer el viaje y sólo encontrar la razón que dice: no hay vuelta a atrás. Entonces sentir –una y otra vez- la impotencia que altera la sangre y todos los sentidos. No poder volver a al pasado, reciente y tortuoso, no poder borrar ni anular los hechos ni la culpa de haber causado la muerte de su esposa. Y lo peor, no haber muerto con ella.

El protagonista ha entrado en un bucle de tiempo donde todo vuelve a ocurrir. Una maldición circular donde hubo principio pero no hay final, un rodar y rodar por los hechos dolorosos que se apoderan del tiempo y de todas las dimensiones en la existencia de Juan. Debe sufrir hasta el desquicio, debe llegar al límite con su angustia y atentar contra su vida, una y otra vez, sin poder nunca terminar ese camino brumoso y oscuro donde se ha metido su alma, ese túnel circular donde sólo existe remordimiento y tribulación. Ahí hay que pagar y pagar, y volver a pagar con dolor por toda la eternidad ¡Sin encontrar paz...sin poder morir jamás!